

# MERCEDES GALLEGO



Matar al mensajero  
Saga Candela Luque

# **Matar al mensajero**

Mercedes Gallego



© Mercedes Gallego Moro.

2ª Edición, febrero 2014

© Diseño de portada: Mercedes Gallego

## Agradecimientos

*A Francesca Bou, que siempre es la primera lectora de mis  
novelas*  
*A Rosa Pérez, correctora profesional y, con el tiempo, espe-  
ro que gran amiga*  
*Y a María Dolores Hernández Casado, mi lectora cero que  
no se le escapa ni una*

## Capítulo 1

Aquella fría madrugada del viernes 29 de octubre de 1976, víspera del puente de Todos los Santos, la ciudad estaba desierta. La mayoría se hallaba en la carretera para disfrutar los días de fiesta lejos de la cotidianidad. El portal de la calle Aribau, una de las que cruzan la ciudad de norte a sur, o de mar a montaña, como gusta decir a los barceloneses, no era una excepción. Los casi dos kilómetros de su recorrido, apenas avistaban alguna persona que regresaba a casa, y el ruido somnoliento de los coches, espaciados entre sí, era lo único que rompía el silencio, cuando a las tres de la madrugada, un taxi paró delante de un portal y dejó a una mujer de mediana edad, que tras buscar las llaves en su bolso, entró, y mecánicamente se dirigió al ascensor que estaba parado en la planta baja.

Nada llamó su atención hasta que un bulto tirado en el suelo estuvo a punto de hacerla caer. Miró y retrocedió, como si un resorte la hubiera impulsado hacia fuera. Intentó gritar, pero su voz se negaba a salir. Sus brazos se agitaban sin control. Su cuerpo se había quedado. Finalmente, en su garganta resonó un potente alarido que se esparció por el aire.

Así encontró Secundino, el portero de la finca, a la inquilina del cuarto primera, cuando al oír los gritos salió de la portería, que era su vivienda. Iba con un pantalón de pijama y una camiseta de franela por la que asomaba el vello canoso de su cuerpo. Su cara denotaba que hasta ese momento dormía plácidamente junto a su esposa, que venía tras él poniéndose una bata.

Con rapidez abrazaron a la vecina que gritaba desparovida, conduciéndola con suavidad hasta el sofá situado al fondo. La mujer rompió a llorar al tiempo que señalaba, sin pronunciar palabra, hacia donde estaba el ascensor. La portera se quedó a su lado consolándola mientras su marido abría la puerta esperando encontrar un ratón, pero lo que vio también le hizo dar un salto hacia atrás, si bien no comenzó a gritar. Se llevó las manos a la cara soltando exclamaciones y se dirigió a su casa para llamar a la policía.

La brusca aparición del policía uniformado les produjo un sobresalto. El portero salió corriendo para abrir la puerta. Dos policías más de uniforme y uno de paisano entraron en tromba preguntando por el cuerpo, e ignorando a los presentes, se dirigieron directamente al ascensor.

Los muertos no hacen vacaciones, pero la policía sí. Estaban en «cuadro», según dijeron al llegar, porque tardaron más de una hora, alegando que la mayoría se había tomado libre el puente.

Secundino había bloqueado la entrada al ascensor poniendo la papelera entre la puerta y el marco para impedir su funcionamiento. Los tres, sentados en el sofá, bebían una tila que había preparado la portera, sin poder evitar lanzar de vez en cuando una mirada hacia donde yacía la joven muerta.

Ellos no se atrevían a acercarse, pero desde donde estaban, pudieron oír los comentarios de los policías sobre la «jodienda que era lo que había pasado con tan poca gente como había de servicio».

## Capítulo 2

Apenas hacía un mes que Candela había vuelto a su trabajo, recuperada de la agresión sufrida en su primer y único caso hasta entonces, desde que había recalado en el Grupo de Homicidios de la Brigada Regional de Investigación Criminal de Barcelona.

Su jefe directo y a su vez, jefe del grupo, Andrés Salgado, se le acercó aquella mañana con aspecto serio y contrito.

—¿Cómo estás?

—Bien, ya te lo he dicho antes. Con ganas de volver a la carga, ya lo sabes.

—Entonces no se hable más. Tenemos un caso que nos ha pasado la comisaría de San Hilario del que, si no lo investiga una mujer, no vamos a sacar nada.

—¿Y eso?

—Han asesinado a una lesbiana y los de la comisaría no tienen nada que hacer porque en el entorno no sueltan prenda. Tendrás que meterte allí camuflada a ver si consigues averiguar algo.

—¿Allí? ¿Dónde?

—Ahora te explico.

Salgado extendió sobre la mesa de Candela los papeles que traía metidos en una carpeta. Unas fotos brillantes en blanco y negro mostraban la imagen de una mujer joven tendida boca arriba y con el cuerpo un poco ladeado, con una mancha en la parte izquierda del pecho, que sin duda era sangre, a pesar de la ausencia de color en la fotografía.



Sus ojos, abiertos y sin vida, mostraban asombro. La boca parecía a punto de pronunciar una exclamación.

Candela sujetó la foto con cuidado, como si pudiera hacerle daño, y la soltó inmediatamente.

—¡Joder, Salgado! Otra.

El inspector jefe no respondió. El trasiego de papeles seguía por la mesa.

—Aquí está, en la calle Aribau. Apareció muerta allí, en un portal que hace esquina con Mariano Cubí.

Le tendió la foto en la que se veía el portal y otras con el cuerpo dentro del ascensor tomadas desde otros ángulos.

—¿Quién ha dicho que era lesbiana?

—Los del distrito. Según parece, en la acera de enfrente, entrando por Mariano Cubí, en una calle paralela a Aribau, hay un *pub* al que solo van lesbianas. No tiene pérdida. Al parecer la chica era clienta de allí. La dueña del *pub* conoce al portero del inmueble en el que apareció la víctima. Dice que se asomó al ver coches de policía y la identificó. Bueno, también la identificó su pareja, que está hecha polvo.

—¿Y qué más han averiguado los del distrito?

—Poco y mal. Ya te lo puedes imaginar, las del *pub* no sueltan prenda y la pareja, menos.

—Y no me extraña, a saber cómo habrán ido nuestros colegas. ¿No te han dicho nada cuando han remitido el caso?

Salgado tardó en contestar. Prefería no contar a Candela la sarta de barbaridades que había oído del compañero de la comisaría, y los nombres despectivos con los que habían calificado a la víctima, a su pareja y a todas las que frecuentaban el *pub*. Se hizo el distraído. Candela insistió.

—Salgado, que te estoy hablando. ¿Qué te han dicho?

—Nada de particular —mintió—, que son muy calladas, que nadie sabe nada y que les da corte ir allí porque

está lleno de... bueno, ya sabes cómo son.

—Está bien. ¿Cuándo empiezo?

—Cuando quieras. Desde este momento el caso es tuyo. Mejor dicho, lo llevaréis tú y el nuevo compañero que acaba de llegar al grupo, Manel.

—Perfecto. Al menos no me aplastará con la antigüedad y no tendré que oír lo de siempre.

—Efectivamente, no hace mucho que ingresó y solo ha estado en Madrid. Pidió permuta con otro recién llegado que estaba loco por salir de Barcelona. Toma, aquí tienes el expediente que me han remitido. De momento te doy de baja para el servicio presencial, es mejor que no te vea nadie ir y venir por aquí. De los informes, que se encargue Manel. Le pasas los datos que vayas sacando y eso.

—Ya lo sé, ¿lo ha dicho a él?

Salgado continuó como si no hubiese oído la pregunta. —¡Ah! Se me olvidaba—. Le he dicho al comisario que te pondré dietas, para que no tengas que pagar las consumiciones del *pub*.

Candela todavía sopesaba la idea de abandonar la policía y ejercer su profesión de abogado porque, después del esfuerzo realizado durante seis años, le daba pena no hacerlo. Sin embargo, algo superior a sus fuerzas la instaba a seguir, a pesar de que el caso en que había trabajado hacía unos meses le había costado un tiro y, por suerte, nada más, porque pudo haber perdido la vida. Lo cierto es que su jefe, aunque tarde, había dado la talla promoviendo una investigación interna para destapar el fraude de una serie de funcionarios, que habían falsificado pases para cruzar la frontera con Portugal.

Aprovechó los días de baja para leer y reflexionar sobre su futuro y tratar de dar un sentido no solo a su vida, sino a lo que estaba haciendo. ¿Valía la pena arriesgarse por descubrir asesinos? Por encima de todo, ¿valía la pena seguir en la policía? A pesar del peligro, reconoció que sí,

que no podía rendirse y dejar la carnaza a los que dudaban de la incorporación de la mujer en los cuerpos de seguridad.

Faltaba apenas un mes para la Navidad, había contemplado la posibilidad de refugiarse en casa de sus padres para descansar y comer bien aunque, como venía siendo habitual, no habían dado la talla cuando le pegaron el tiro. «Menos de un centímetro más abajo y le habría perforado el hígado», había dicho el médico que la operó.

No. Sus padres no estuvieron a la altura; se limitaron a viajar en un avión militar proporcionado por un amigo y a increpar a todos con amenazas «si le sucedía algo a su hija». Se marcharon limitándose a entregar a Julia un sobre con dinero para «que se lo diese a Candela». Julia reprimió el impulso de tirárselo a la cara, como estaba segura que hubiera hecho su amiga, y valoró a tiempo que le vendría muy bien si se decidía a pedir la excedencia.

Julia era militante del partido comunista de Cataluña y no podía comprender por qué Candela no se había ido de la policía después de lo sucedido investigando el asesinato de una joven canaria.

No se había marchado por muchas razones, pero la principal era la esperanza de que, con la llegada de la democracia, la policía se convirtiera en una institución para defender al pueblo y no para perseguirlo como había sido hasta entonces. Esa misma esperanza abrigaba su jefe de grupo, aunque no era compartida por muchos policías, especialmente los que pertenecían a brigadas políticas.

Salió de Homicidios llena de sentimientos contradictorios. Por un lado se sentía feliz al volver a enfrentarse al reto de buscar a un asesino. Por otro, estaba sobrecogida al recordar las imágenes de las fotografías en las que, otra vez una mujer, yacía rodeada de su propia sangre, porque así lo había decidido alguien.

Entró contenta en su casa, donde Charly la esperaba impaciente. Lo levantó con las dos manos enroscándose

al cuello.

—¡Qué calentito estás! Con el frío que hace ahí fuera. Pero qué bien vives, cabrón. Yo, mientras, currando para los dos.

Volvió a depositar el gato en el suelo y se dirigió a la nevera para sacar la lata y servirle su ración del día. Tenía intención de llamar a su amiga Julia para cenar, y de paso, convencerla para que la acompañase al *pub* de ambiente.

Julia ni lo pensó. No solo accedió, sino que estaba encantada de acompañar a Candela en su nuevo caso. Le alegró que a la policía le importase la muerte de una lesbiana, pues la mayoría de los encargados del orden las consideraban ciudadanas de segunda clase,.

—No me puedo creer que no hayan arremetido contra ellas y contra el *pub* amparándose en la Ley de Peligrosidad Social.

—Yo también lo he pensado, pero me he dado cuenta de que, aunque la ley siga vigente, ya no se aplica y no detiene a nadie solo por el hecho de ser homosexual. Eso sí, al detenido que lo es, le hacen la vida imposible.

—Dentro de nuestra desgracia como mujeres, que siempre salimos perdiendo, al no considerar nuestra sexualidad tampoco se fijan en el uso que hagamos de ella.

—La discriminación nunca es una suerte, Julia.

—Tienes razón, a veces digo tonterías.

Eran las doce y media. La puerta del *pub* estaba cerrada, por lo que tuvieron que llamar al timbre. Inmediatamente se abrió una mirilla y unos ojos color ámbar las observaron con curiosidad, franqueándoles la entrada.

Julia se adelantó a la mirada curiosa, tanto de la mujer que había abierto la puerta, como a la que servía copas detrás de la barra, y tomó la iniciativa pidiendo dos whiskies.

—Es la primera vez que venís por aquí, ¿verdad? —sin dar tiempo de responder, continuó—. Bienvenidas a vues-

tra casa. Yo soy Manuela, la dueña del *pub* y esta es Vero, mi socia y amiga.

La de detrás de la barra clavó sus ojos pequeños y penetrantes en las recién llegadas tendiéndoles la mano con una sonrisa.

—Encantada. ¿Qué os sirvo?

Con el *whisky* en la mano iniciaron un recorrido por el local, pequeño y acogedor, aunque un poco recargado. El suelo de baldosa oscura, la tapicería roja, y parte de la pared, revestida hasta la altura de un metro y medio, de madera color nogal, contrastaba con el resto, estucada y pintada de blanco. La barra de madera, también color nogal, rodeaba toda la parte izquierda y, frente a la puerta de entrada, unas escaleras daban paso al altillo, un recinto que tenía una mesa de billar americano en el centro y, como la sala de baile, estaba rodeado por un banco tapizado en rojo. Una pareja en actitud algo más que amistosa se separó al verlas entrar y miró a las recién llegadas, al tiempo que pronunciaban algo parecido a un saludo no exento de curiosidad: en el *pub* se conocían todas y una nueva presencia siempre despertaba interés.

Julia y Candela sonrieron respondiendo al saludo.

No había nadie jugando al billar. Julia aprovechó la circunstancia para sugerir una partida a su amiga, que miraba todo con los ojos muy abiertos y una actitud tímida y recelosa.

Cuando las bolas empezaron a salir emitiendo su ruido característico, la pareja abandonó el altillo.

—Oye, Julia, que yo no sé jugar a esto.

—Pues aprende y deja ya de poner esa cara de espanto, que no te van a comer.

—Coño, Julia, no puedo evitarlo. ¿Tú no estás nerviosa?

—Pues no. Lo que ocurre es que vives enclaustrada y te falta mundo, Candela. Estás encerrada con tu gato, con tus libros y en tu fantástica policía. El mundo real es otra

cosa. Anda, pégale un trago y te enseño a jugar, que si vienes por aquí te vendrá bien.

—Oye, si nos preguntan algo, ¿qué decimos?

—¿Y por qué nos van a preguntar? Esto es un local público.

—Según como se mire. Con la ley en la mano, se lo pueden cerrar, lo que pasa es que hay más tolerancia a pesar de que las leyes son las mismas. Hace unos años a todas estas las habrían detenido por escándalo público.

—Pues ya ves, si lo hicieran hoy acabaríamos en el trullo —la carcajada de Julia resonó contra las paredes—. Anda, vamos a jugar y relájate, joder, que pareces una escoba.

»Fíjate en mí. El taco se coge así. La primera bola que entra marca el grupo que son tuyas y...

A pesar de que al lado de Candela Julia parecía una maestra, tampoco era una experta. Llevaban allí una media hora cuando la dueña del *pub* hizo su aparición.

—No sois de aquí, ¿verdad?

Ambas se giraron al tiempo. Julia tomó la iniciativa de nuevo respondiendo con otra pregunta.

—¿Por qué lo dices?

—Porque conozco a mis clientas. Además, no tenéis pluma.

—Eso no quiere decir nada —intervino Candela—. Venimos aquí porque estamos hartas de que los tíos nos den la tabarra cada vez que vamos a tomar una copa y a charlar.

Al oír el acento andaluz de Candela, Manuela exclamó sonriendo.

—Vaya, pero si eres española. Yo ya me había hecho mi montaje —soltó una carcajada.

—Siento defraudarte, pero las dos vivimos en Barcelona —respondió Julia, y el *pub* nos gusta, así que nos verás por aquí más a menudo.

—Estáis en vuestra casa, faltaría más.

Candela aprovechó para bajar a buscar otra copa.

—Voy a por otro, Julia, ¿tú quieres?

—Desde luego. Hace rato que lo estaba pensando.

Manuela insistió en su interrogatorio cuando Candela bajó a por las copas.

—Tu amiga tiene aspecto de alemana, por eso he preguntado si erais de aquí.

No quería responder hasta saber lo que Candela quería decir, así que soltó una evasiva.

—Pues ya ves, somos españolas, bueno, yo soy catalana.

—Supongo que ya sabes que este *pub* es de ambiente.

—Ya te he dicho que hemos venido para que los tíos nos dejen en paz.

Manuela miró a Julia con un atisbo de desconfianza. No era muy frecuente que dos mujeres como las que tenía delante frecuentasen su local. Con descaro recorrió a la abogada de arriba abajo antes de seguir preguntando.

—¿Quién os dado la dirección del Dona's?

—Una compañera mía que suele venir por aquí. Es lesbiana.

—¿Cómo se llama?

La entrada de Candela cortó la respuesta. Tendió el vaso a su amiga, que aprovechó para beber e ignorar la respuesta.

—¿Qué, Candela? ¿Echamos otra?

—Por mí, encantada —respondió mientras introducía una moneda en la ranura y apretaba el botón.

El ruido al caer las bolas hizo desistir a Manuela de su interrogatorio.

—Bueno, chicas. Ya nos iremos viendo si volvéis por aquí. Espero que lo paséis bien.

Una vez en la barra, Manuela se acercó a Vero.

—¿A ti qué te parecen estas dos?

—Tienen pinta de feministas camufladas. Ya sabes, esas que van de intelectuales y se niegan a incluir la reivindicación de las lesbianas porque dicen que son cosas dis-